

R. 19843

~~C-18 (4)~~

ZARAGOZA.

POEMA

POR

Don Francisco Martinez de la Rosa.

LONDRES,

EN LA IMPRENTA DE T. BENSLEY, BOLT-COURT,
FLEET-STREET.

1811.

CATA-2-16 (4)

NARAGOA

PIRENA

THE UNIVERSITY OF TORONTO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

— CANADA —

Caja 2
Estante
Número 716(4)

ADVERTENCIA.



ESTE poema fué presentado á los premios nacionales, ofrecidos por la Sup^a. Junta Central, y despues no cumplidos, sin que la nacion hasta ahora haya sabido la causa. Asi, el autor casi tenia resuelto, que jamas su obra viera la luz pública, quando varios literatos, residentes en Londres, amantes de las glorias de Zaragoza, le estimularon á publicar este elogio, aunque débil, del heroismo de aquella célebre Ciudad.

POEMA.

SOBRE ruinas y triunfos Zaragoza
De la terrible lucha reposaba,
Que por dos lunas agitó su suelo;^a
Quando, á la voz de Marte pavorosa,
Se estremeció Pirene, y de sus cumbres,
Con las llamas y el hierro amenazando,
Lanzáronse mil barbaras legiones.
En vano, ¡oh Dios! en vano,
A poner freno á su faror insano,
Braman los aquilones;
Rompen sus cauces los hinchados rios;
Tala el invierno la aterida tierra;
Y de inclemente nieve coronada,
Alza su frente la riscosa sierra.
¿No los veis, no los veis ardiendo en saña,
Arrasar montes, devastar los llanos,
Incendiar pueblos, y en feroz sonrisa,
Rasgar el seno de la triste España,
Que incauta un tiempo los llamara hermanos?

¿ Quien osará del rápido torrente
 El ímpetu atajar? Cayó Castilla;
 Se ahuyentó nuestra hueste desbandada;
 Y al furor de la barbara cuchilla,
 Con la sangre de mayo salpicada,
 Tendió Madrid la desdorada frente.
 Por vez segunda el Tajo caudaloso
 Al inclemente yugo se condena;
 Y allá baxo la tierra, prodigioso
 Sepúltase Guadiana,
 Rehuyendo altivo la servil cadena.

El enemigo bando
 Las palmas bate, y por los aires suena
 Su horrísono clamor. ¡ ay, quanto, quanto,
 Mísera España, de destrozo y ruina,
 Quanto de luto, y de amargura y llanto,
 Tu suelo amaga y tu beldad divina!

Ya cien y cien legiones
 Del Ebro cubren la anchurosa márgen;
 Tiembla baxo la inmensa pesadumbre
 La sacra orilla; plumas y penachos
 A merced de los céfiros ondéan;
 Y los petos y yelmos centelléan,
 Del claro sol á la radiante lumbre.

Los normandos frisonos

Baten con grave pié la helada tierra;

Piérdense los contrarios escuadrones,

Allá á lo lejos, entre densa nube;

Crece el estruendo, y el clamor de guerra

Puebla los vientos, y á los cielos sube.

De juncos y de adelfas coronadas,

Las Náyades, al eco tremebundo,

Sacan del agua los nevados pechos;

Y del bélico apresto amedrentadas,

Lanzan un grito, y cálanse al profundo.

Tened, tened, impios;

Suspended esas huestes ominosas

De muerte y destruccion: ¿á donde, á donde

Correis, blandiendo en la terrible mano

La ardiente antorcha y el acero insano?

¡Piedad, piedad, crueles!

¡Merced á Zaragoza!

Mísera, abandonada,

Aun gime dolorida;

Aun brota sangre la reciente herida,

Que en ella abriera vuestra cruda espada.

¿No escuchais, qual resuenan por los vientos

Los agudos lamentos



De viudez y horfandad? ¿El sordo ruido,
 Qual de lejano trueno, que retumba,
 Allá en el hondo de la negra tumba,
 Dó mil valientes victimas cayeron?
 Piedad, por una vez: si buscais ruinas,
 Si saciaros quereis en fiero estrago,
 Sobradas ruinas, ¡ay! hartos despojos
 Han que mirar los ojos.

Tended la torva vista, que aun huméan
 Los techos incendiados;
 Aun espantan con sangre mancillados
 El suelo ilustre y los endeblés muros.

Si, empero, tanto horror, si tantas muertes
 No os bastan, proseguid: no lanzó en vano
 La invicta Zaragoza el santo grito
 De vencer ó morir; grito tremendo,
 Que sobre el trono estremeció al tirano.
 Amenazado, herido,
 Ruge con mas furor el leon hispano,
 La sangrienta guedeja sacudiendo,
 Y al agresor se arroja, y se complace,
 La presa entre sus garras dividiendo.

Seguid, seguid; la heroica Zaragoza
 Al combate se apresta, á la venganza;

La espada vibran sus valientes hijos,
Y blanden fieros la terrible lanza.
¿Cómo tan breve su constancia invicta
Pudisteis olvidar y su ardimiento?
¿En qué librais la bárbara esperanza
Del triunfo y vencimiento?
¿No vió el Xalon profundo sus riberas
De enemigos cadáveres sembradas;
Y arrebatár su rápida corriente
Rotas corazas, petos y cimeras? ^b
¿No vieron vuestras huestes debeladas
Los campos de Mallen? ¡O nunca, nunca
Dignamente loadas,
Hablad vosotras, inmortales Eras! ^c
Decid como animosos
Los ínclitos del Ebro batallaran
Con las legiones fieras;
Y á la muerte tranquilos presentaran,
En vez de fuerte arnes, pechos desnudos.
No los filos agudos
Del duro acero, ni la fuerte lanza,
Ni el plomo ardiente su furor enfrenan;
Todo cede á la indómita pujanza
Del brazo aragones; heridos suenan

Cascos y petos; mézclanse las haces;
El polvo roba el inflamado cielo;
Y al duro encuentro, á los terribles golpes,
Los vientos rugen, y retiembla el suelo.

En sangre tintas, de pavor cubiertas,
Rotas huyen las barbaras legiones;
Y en tanto, tremolando los pendones,
Entran ufanos por las anchas puertas,
De guirnaldas y lauros adornadas,
Los hijos de la patria. ¡Quántos, quántos,
Siguiéron á aquel triunfo! Siete veces
Miró embestida la Ciudad gloriosa
El blondo julio; y siete desplomarse
La sobervia enemiga, y contra el muro
Sus numerosas fuerzas estrellarse.^d

Hiera el pavor los ánimos osados
De los feroces hijos de la guerra;
Y en cobarde rencor trocando el brio,
Quando la noche á la callada tierra
En luto envuelve, y en horror sombrío,
Bombas arrojan, que en su lumbré encienden
El aire tenebroso por dó hienden.

A leve impulso, la muralla fragil
En polvo cae deshecha;

Y qual tigre rabioso,
 Por ruinas y cadáveres trepando,
 Entra osado Verdier por la ancha brecha,
 Y Léfevre orgulloso
 La destructora turba acaudillando.^e
 De enemigos cubiertas
 Véanse calles y plazas; atronando,
 Rompen las hachas los robustos quicios;
 Caen las ferradas puertas;
 Arden los edificios;
 Y el crudo incendio y la espantosa ruina
 Mira el pueblo valiente,
 Con pecho quieto, y con serena frente.

Ya en roncós alaridos
 Celebra el triunfo la contraria gente,
 Quando el cañón horrísono tronando,
 Las espesas falanges desordena;
 Agítase en confusos remolinos
 La destrozada hueste; pavorosos
 Caudillos y soldados se atropellan;
 Y por el plomo destructor heridos,
 Caen en la dura tierra confundidos
 Con los tibios cadáveres que huellan.
 En tanto, los terribles moradores

Arrójanles por claros y troneras,
 Mil muertes y otras mil: allí, arruinando
 La quebrantada, altísima techumbre,
 Desquícianla; y desplómase atronando,
 A impulso de su grave pesadumbre.
 Allí, incendiadas vigas y sillares
 De los deshechos muros arrancando,
 Los impelen con ímpetu; los vientos
 Braman con son horrísono apremiados;
 Y los fieros guerreros á millares
 Quedan entre las ruinas sepultados.

Ni fuga, ni piedad: por todas partes,
 A la señal belísona furiosas
 Arrójanse las tropas valerosas,
 Que nacer viera el Llobregat ameno.^f
 La sorpresa, el desórden, la estrechura
 Redoblan el horror del trance fiero;
 Combaten crudamente brazo á brazo
 Guerrero con guerrero;
 Saltan rotos los hierros centellantes;
 La tibia sangre por dó quier huméa;
 Cada golpe una muerte; cada acero
 Húndese en cien entrañas palpitantes.

¿Qué enristrar vale la potente lanza,

Qué el robusto frison, el fuerte escudo?
Con ímpetu de rayo se abalanza
El bravo aragones; burla los golpes;
Y entre el fuego y horror del trance crudo,
La vista apénas á seguirlo alcanza.
Hiérenlo; y fieramente embravecido,
Los montes de cadáveres salvando,
Penetra por las hastas enemigas,
En sed de guerra ardiendo y de venganza.
¿Dó tornarán los fieros enemigos
La amedrentada faz? Hierro sus sienes,
Hierro amenaza sus cobardes pechos:
Destrozados, deshechos,
Ni oponer osan al comun estrago
La desesperacion; el hasta fuerte
Cae de su débil diestra desprendida;
Y al inclemente amago,
Inclinando cobardes la cabeza,
Ni el golpe esquivan de la cruda muerte
 ; Quántas allí! Confusos, perseguidos,
Los restos de las bárbaras legiones
La Ciudad abandonan, que engreidos
Leve triunfo á su esfuerzo imaginaran.
La triste nueva de terror sombrío



Cobija el enemigo campamento;
 Muere en los pechos el antiguo aliento,
 Muere en los brazos el usado brío.
 Al rayo abrasador del Can ardiente,
 Allí lánguido yace el cruel guerrero;
 Mas allá, sobre el arma reluciente
 Débilmente apoyado,
 Los mustios ojos fixos en la tierra,
 Reposo anhela el mísero soldado;
 Y apareciendo á su afligida mente
 De Ulma y Dantzik las deslustradas glorias,
 Dentro del pecho congojoso encierra
 Hondos sollozos de furor y angustia.

Léfevre en vano intenta
 Las tropas alentar, con faz mentida
 Encubriendo el dolor que lo atormenta;
 Recorre el campo, y su mirar incierto,
 La rienda del caballo abandonada,
 El tardo paso su penar anuncian;
 Y aun tal vez, en su cuita sumergido,
 Sin dello apercebirse,
 Se escapa de sus labios un gemido.

Cayó toda esperanza: desde el monte
 Descubren á los bravos combatientes,

Que vuelan al socorro apetecido
 De la heroica Ciudad; la nueva hueste^c
 El pavor de los Galos acrecienta;
 Y qual banda de buytres, que se ahuyenta
 Quando brilla relámpago á lo lejos,
 Anunciando el horror de la tormenta;
 Asi dispersos huyen, arrojando
 Las mal usadas armas, y á la noche
 Su salud en la fuga encomendando.^b

Tal fuera vuestra infamia, hijos del Sena;
 Tal el torpe baldon, que en vuestras frentes,
 Secó los lauros de Austerlitz y Jena.

¡Y aun osaréis luchar con los valientes,
 Que tantas veces con heroica planta
 Vuestras altivas águilas hollaron!
 ¡Oh, cuánto afan, y destruccion y mengua,
 Costaros ha la bárbara osadia!
 ¡Quan terrible y sangriento
 Será el nuevo escarmiento!

Aquí mi voz llegara; y las legiones,
 Ya con hórrido estruendo,
 A la Ciudad augusta se acercaban.
 Sus negras alas desplegó la noche;
 Y como en su alba cima vé Moncayo

Las oscuras tormentas apiñarse;
Y al viento desafía,
Al ronco trueno y al ardiente rayo:
Tal, al mostrarse la vecina aurora,
Zaragoza impertérrita veía
Desparecer, baxo contrarias huestes,
Las cercanas colinas y llanuras.
Cánticos, himnos, voces de alegría
Sus espaciosos ámbitos llenaban;
Y el parche y las trompetas pregonaban,
Que era llegado de la gloria el día.
Las calles, y las plazas, y los muros
Puéblanse, al ronco son, de gente armada;
Mil y mil combatientes
Embrazan el pavés, ciñen la espada,
Y de verdés coronas
Ornadas muestran las augustas frentes,
Las ínclitas matronas,
Los jóvenes y ancianos
Morir anhelan por la amada patria,
Y el hierro empuñan sus endebles manos.
¡Oh patria! Oh dulce nombre! Te oigo apénas,
Y agítase mi pecho, arden mis venas,
Ensánchase mi ser: ante el tirano,

De verdugos cercado y de súplicios,
 Libre de vil temor, de baxo susto,
 Yo cantaré tus glorias; sí, tu mano
 Me sostendrá al morir; tu nombre augusto
 Se helará, al expirar, entre mis labios.

¿Mas quien entre los ínclitos guerreros,
 El sagrado estandarte tremolando,
 Los inflama al combate, á la victoria?
 El es, él es; su rostro resplandece
 Con rayos mil de gloria,
 Qual iris tras tormenta en el estío;
 Sus mayores su escudo le prestaron,
 Apolo su beldad, Marte su brío.
 No hay duda, él es; ceñido de laureles,
 Al invencible Alfonso se asemeja,
 Quando lo vió triunfante Zaragoza,
 Rescatada por él de los infieles.¹

Salud, héroe inmortal; salud mil veces,
 Divino Palafox; la madre España
 A tí tiende sus brazos congojosa,
 Como al hijo de amor; por tí respira,
 Agitase contigo en la peléa;
 Y su dolor y angustias olvidando,
 En tus glorias y lauros se recrea.

Alienta, triste patria; que el acero
 Ya en su terrible diestra centelléa,
 Qual rayo en tempestad; su ademán fiero
 Es precursor del triunfo; la victoria
 Entre el marcial estruendo lo acompaña.
 Miradlo, sí, miradlo; repitiendo
 El sacro nombre de la madre España,
 Se abalanza á las bárbaras legiones,
 Seguido de la hueste numerosa;
 Trábase la árdua lid; el bronce suena;
 Todo es horror y muerte; el héroe invicto,
 Cercado de enemigos escuadrones,
 Hiende, rompe, destruye, desordena
 Quanto se opone á su denuedo y brio:
 ¿ Quien, quien resistirá? Rastros de sangre
 Marcando van su rápida carrera.

La densa niebla, que aun el sol tardío
 Con sus nacientes rayos no rompiera,
 Envuelve á los feroces combatientes,
 Los mezcla, los confunde, y acrecienta
 La horrenda mortandad; caen los valientes;
 No hay perdon al rendido; á hierro y fuego,
 Destruyense las haces inclementes.
 ¿ No basta tanto estrago, tanta ruina?

Nueva lucha arde allí; nuevo destrozo
Allí, y allí también; en la colina,
En la margen del Gállego, en el puente,
En los vecinos campos inundados
Por la profunda, rápida corriente.^k

La pericia, el furor, la muchedumbre
De la contraria hueste son en vano;
Cede al valor el número; y el arte
Al amor de la patria soberano.

El furibundo Marte,
La flamígera antorcha sacudiendo,
Recorre el campo; acá y allá revuelve,
Sobre muertos y heridos, los caballos
Del carro destructor; y á la venganza,
A muerte incita con clamor horrendo.

A la voz imperiosa,
Renacer siente el enemigo bando
Su bravura feroz; y se abalanza
Al fuerte parapeto, el nombre odioso
Del sanguinario déspota aclamando.
De horror y muerte y destruccion preñadas,
Con estruendo espantoso,
Rebientan las terribles baterías;

Yerma el inmenso llano de enemigos
 El fuego asolador; retumba el bronce;
 Murallas, combatientes, cielo y tierra
 Confúndense entre el humo, y desaparecen.
 ¿Qué se hicieron las huestes triunfadoras,
 Que el mundo encadenaron?
 Finó su gloria; qual ligera niebla
 Ante recio huracan, se disiparon.

Palmas, coronas mil, Ninfas del rio,
 Guirnaldas de laurel: cubrid el suelo
 De mirto y de arrayan; y el dulce canto
 La victoria remonte al alto cielo.
 En sus ilustres lares,
 Tiernas amantes, cándidas esposas,
 Con voces armoniosas,
 Repetirán los plácidos cantares.

Volad, héroes, volad; en la muralla
 Las banderas espléndidas ondéan;
 Suena alegre el clarin; álzanse triunfos;
 Sobre tronchadas águilas y picas,
 Pebeteros riquísimos huméan.

Todo era salvas, júbilo, alegría,
 Quando la noche que en el negro carro,

Rodando por el cielo tenebroso,
Ya medio curso recorrido habia,
Llamó á los vencedores al reposo.
Pensativo, sangriento, polvoroso,
El fuerte Palafox, en el alcázar,
A nueva lucha y prez se apercibia;
La soledad, el lúgubre silencio,
La techumbre de cedro, opaca, altísima,
Un temor inspiraban misterioso;
Y el viento que á lo lejos sordamente
Vagando por las bóvedas se oia,
El horror augustísimo aumentaba.
El ánimo del héroe se gozaba
En la terrible magestad sombría;
Quando temblar sintió baxo su planta
Los profundos cimientos del palacio.
Tres veces ¡ay! con hórrido estampido
Ronco trueno sonó; se abrió la tierra;
Y sobre negra nube se levanta
La venerable Sombra
De Rebolledo el Grande:¹ en la tiniebla,
Se vé centellear su faz divina;
Tal como suele boreal aurora,
Quando en los reynos de la eterna noche,



Cielos, y tierra, y mares ilumina.
 Cércanlo en torno insignias y troféos;
 Cúbrelo con su manto la victoria;
 Y en el noble ademan, fiero y sombrío,
 Ostenta grave su valor y gloria.
 “ Ilustre nieto, (dice en voz pausada)
 El placer penetró mi hondo sepulcro,
 Quando incansable, en el ardiente estío,
 Lidiar te ví, y vencer. Mas árdua lucha,
 Mayor constancia, esfuerzo y heroismo
 Hora la patria exige: quantos males
 Abortar pudo el Genio dela guerra;
 Quantas plagas ¡oh Dios! guarda el abismo
 Para afligir los míseros mortales;
 Y el cielo airado en su venganza encierra;
 Van sobre tu cabeza á desplomarse.
 Naturaleza toda conjurada
 Vendrá de lleno sobre tí: la tierra,
 En sus profundos senos agitada,
 Sacudirá con horroroso estruendo
 Defensores, murallas y edificios;
 Lloverá fuego; el hambre, la atroz muerte,
 Con mano yerta y pálida tendiendo
 El cetro asolador, en vasta huesa

La patria trocarán de los valientes.
Hijo de mi ternura, en ígneas letras,
Allá sobre los cielos esplendentes,
El nombre escrito está de Zaragoza,
Y el de Numancia allí, y el de Sagunto.
Mil siglos volarán sobre sus ruinas;
Se hundirán los tiranos y sus tronos;
Morirán astros; finarán imperios;
Eterno, empero, su renombre y gloria,
Durará, á par del mundo, su memoria.
Y la tuya tambien: grato el destino
Correr me ha concedido, ante tus ojos,
El velo diamantino
Que cubre el porvenir. Gemirá España
En congojoso afán; hijos y hermanos
Con sangre regarán el patrio suelo;
Que nunca, dílo al mundo, nunca el cielo
Dexó impune el sufrir á los tiranos.
Mas no feroz el déspota del Sena
Aherrojará sus inocentes manos;
Ni atará al carro á la nacion que un dia
Tierra y mar abarcaba, ambas regia.
Asi plugo á los hados: Zaragoza
Caerá en expiacion; y de sus ruinas

Se alzará sobre el trono refulgente
La libertad de la española gente.
Claro honor de mi stirpe, tú el primero,
Arrostrando impertérrito la muerte,
Debes abrir á la Ciudad augusta
El ínclito sendero
De la inmortalidad. ¡Jamás cobarde
Tender el cuello á la cadena insana!
¡Jamás besar la mano enrojecida
Con la inocente sangre castellana!"

¡Jamás! sí; yo lo juro....arreatado
Clamó así Palafox: la helada planta
Abrazó de la Sombra, arrodillado;
Y al estallido súbito de un trueno,
Se disipó el espectro, como el humo,
Al querer estrecharlo contra el seno.
El héroe se inclinó; su pecho fuerte
Sintió oprimido de respeto santo;
Y entorpecer sus agitados miembros
El terror silencioso de la muerte.
En éxtasis profundo sumergido,
No levantó la faz, hasta que el día,
Con pálidos fulgores asomando,
Comenzó á disipar la noche umbría.

Ya el tibio sol con paso perezoso
 Su rostro por los montes descubria;
 Cuando, el cándido lino tremolando,
 De la pérfida hueste un mensajero
 Se acerca á la Ciudad: posa en sus labios
 Falaz sonrisa, que el rencor no encubre;
 Y mal oculta entre la verde oliva,
 La ominosa cadena se descubre.^m

“ ¡Paz, paz con los tiranos! Guerra eterna,
 Guerra á la usurpacion: muramos todos,
 Muramos, sí, vengados;
 Antes que vernos á las torpes plantas
 De bárbaros verdugos,
 Sin libertad, sin patria, arrodillados.”
 Así gritó la inmensa muchedumbre:
 ¡Guerra! el Gállego, el Huerba, el Ebro hinchados,
 ¡Guerra! sonaron los profundos valles,
 ¡Guerra! Moncayo y su elevada cumbre.
 ¡Visteis tal vez en el hercúleo estrecho,
 Chocarse dos corrientes encontradas,
 Por los opuestos vientos impelidas?
 Mayor era el fragor: mayor estruendo
 La Ciudad augustísima asordaba,
 Que el que forman las selvas de Apenino,

Por el Aquilo y Noto combatidas.
 Crece el marcial clamor; y entre las voces,
 De Palafox resuena el ronco acento;
 Tal como trueno en tempestad horrísona,
 Que el mar acalla y el sañudo viento.
 Resuena; y con la diestra no domada,
 La flecha ensangrentada
 ¡Fiera señal de guerra!
 Arroja al enemigo campamento.ⁿ
 ¡Quánto trance cruel, de aquel momento,
 Ciudad de gloria, ante tus muros viste,
 Y mengua agena, y propio vencimiento!
 Cada luz, nueva lucha; debelados
 Vió cada luz los bárbaros guerreros,
 Desde el Vístula al Tiber celebrados.^o
 ¿Quién domó su altivez, ó quien refrena
 Su preciado valor? Endeble valla
 De leve polvo y deleznable arena,
 Los flacos torreones sostenidos
 En endeble cimientto
 Que, al sacudir el viento
 El cañon estruendoso, titubéa;
 ¡Serán potentes á atajar la furia

De los que al mundo locos pregonaran
Su irresistible esfuerzo en la peléa?

¡Ay! que airados encienden,
En la fuerte trinchera guarecidos,
La destructora mecha;
¡Ay! que ya derruidos
Los vacilantes muros, cae deshecha
La alzada torre, que á la hueste fiera
Terror y espanto fuera.^p

¡Tú, tambien! ¡Tú tambien, Sancho divina,^s
Honor y prez de Iberia, tú cercada
De la atroz muerte y la espantosa ruina!
Sálvate, por piedad: ¿no oyes el ruido?
¿No ves el aire arder? ¿Como levanta
Montes de escombros la preñada bomba,
Y con horror la tierra
Hace tremer baxo tu débil planta?
Sálvate, por piedad; que no tan bella
Formó natura tu graciosa mano,
Para inflamar con ella
El horrendo cañon; ni pudo insano
Las Furias hospedar el blanco pecho,
Para las Gracias hecho.

No mas lucha, no mas; el vasto mundo
Lleno está de tu nombre y de tu fama;
Lidiar te vió gloriosa el sol naciente,
Lidiar te mira, y ya en el occidente
Apénas luce su apagada llama.

Llega la noche; Venus tras las huellas
Del fugitivo sol, desaparece;
Y en los opacos cielos resplandece
El trémulo fulgor de las estrellas.
A su confusa luz, de la trinchera
Vése salir á la cobarde hueste,
Que á merced de las sombras y el silencio,
Quiere en sangre saciar la rabia fiera.

¿ Quien el horror de la tremenda noche,
La ciega confusion, el crudo estrago,
Osará describir? Diez veces fueron,
Las que sañudos los feroces Galos
Al arruinado fuerte arremetieron;
Diez, las que en polvo y sangre denegridos,
De los altos escombros derrocados
Con ímpetu cayeron.
Asi débil baxel, despedazado,
La prora abierta, en medio de las aguas,
Resiste entre las rocas encallado;

La mar en vano con furor impio
 Bate el roto costado;
 Crecen las olas, álzanse á las nubes;
 Y en los frágiles leños estrelladas,
 En leve espuma baxan y en rocío.

¿ Ni cómo numerar tantos guerreros,
 Que en el horror de la tiniebla oscura,
 En las contrarias haces confundidos,
 Tiñeron con mil sangres los aceros?
 Cada qual es un Dios; ardientes rayos
 Lanza en torno de sí; muy mas que todos
 Impávida, animosa
 La inmortal heroína,
 De heridos y cadáveres cercada,
 La fuerte diestra intrépida fulmina.

Salve, divina Sancho: amor sublime
 De patria y libertad, tu dulce mágia,
 Tu imperio soberano,
 Bendiga eternamente el labio humano.
 ¡ Bendita, oh libertad! ¡ Bendito seas,
 Almo don de los cielos! Tú, solamente,
 El brazo castellano,
 Con los hierros de esclavo enflaquecido,
 Alzaras contra el bárbaro tirano;

A tí España sus triunfos, á tí debe
Sus lauros Zaragoza. . . . ; ay, qué trocada
De la que fuera un dia,
En sempiterno duelo sepultada,
Resiste al hado ; y de la adversa suerte
La implacable sentencia desafía !
Llegó el plazo cruel: el negro trono,
Sobre pálidos huesos asentado,
Alzó el Númen del mal; la cruda muerte,
Blandiendo con el brazo descarnado
La terrible segur, corre y asuela ;
Y el contagio letal los puros ayres
Inficiona con soplo envenenado.
Los tristes habitantes en sus venas
Sienten la sangre arder, y ponzoñosa
Hinchar los flacos miembros denegridos ;
Fuego abrasa sus ojos, sus entrañas,
Y los cárdenos labios encendidos.
No fuera mas terrible el diente agudo
De víbora traydora, quando vierte
Su veneno fatal, y con la sangre
Rápido corre su licor de muerte.

Asi la vírgen yace, asi el anciano,
La esposa, el niño, el jóven, el guerrero ;

Y en convulsiones hórridas luchando,
Lanzan el ¡ay! postrero.

La hermana del hermano

Bebe el hálito infesto, y al sepulcro

Abrazados descienden; tierna madre

Del hijo al expirar la ardiente mano

Oprime contra el pecho;

Y ¡oh triste! el mismo lecho,

La tumba misma unidos los recibe.†

Luto dó quier y muerte: el hambre escava

Mas huesas que el contagio; enflaquecida,

Los amarillos miembros agitando,

Lenta carcome el mísero cimiento

De la angustiosa vida;

Y en eterno tormento,

A los invictos héroes aquexando,

Hunde en la tumba víctimas sin cuento.

¿Dó los arcos de flores, las colunas,

Los altos monumentos?

¿Dó el bélico clamor de los valientes?

Lánguidos, macilentos,

Rastrando van por las desiertas calles

Los exánimes cuerpos, sostenidos

En la robusta lanza; triste llanto,

Mortal silencio, lúgubres gemidos
 Suceden ¡ ay! al armonioso canto;
 Y en vez de triunfos, que por tierra yacen,
 Véñse solamente huesas y sepulcros.

Blanda la tierra os sea,
 Héros de bendicion; siempre sereno,
 No el cielo turbe vuestra quieta tumba
 Con rayo abrasador, ni ronco trueno.
 Yaced, yaced en paz; Ebro en sus hondas
 Concavidades gima congojoso;
 Y al correr por el pié de los sepulcros,
 Béselos respetoso,
 El bramido acallando de sus ondas.

¡ Una, mil y mil veces bienhadados,
 Los que, al morir, vuestros tranquilos ojos
 Fixar pudisteis en la libre patria!
 No la vereis arder; ni destruida,
 Buscar entre sus ruinas los despojos
 El Vándalo feroz; ni ensangrentados
 Los santos templos; y la tierna esposa
 Al triunfal carro, y los queridos hijos,
 Y los ancianos padres amarrados.

Tan aciago momento
 Natura entristecida

Presagió con agüeros pavorosos.
 La faz mostrando en sangre enrojecida,
 El sol se oculta, y las opuestas nubes
 Tiñe con mil celages horrorosos.
 De pálida corona circuida,
 La luna brilla apénas, y se pierde
 En medio de los cielos tenebrosos:
 Y es comun voz, que por los ayres vagan
 Pálidas luces, que en la triste noche,
 Sobre el sepulcro lóbrego se encienden;
 Y á los mortales siguen,
 Si huyen con pié medroso; y raudas vuelan,
 Si con osada planta las persiguen.^s

De tan tristes auspicios amagada,
 Vé impávida acercarse el fin tremendo
 La heroica Zaragoza; derruidos
 El mal trabado muro y torreones,
 En pálidos espectros convertidos
 Los fieros campeones;
 ¿Qué valladar enfrenará el impulso
 De las fieras falanges enemigas?
 Cobardes, sí, cobardes,
 Ni medir osan el traydor acero
 Con el débil guerrero,

Que apénas mueve el paso mal seguro,
 Ni penetrar por el deshecho muro;
 Y ¡oh mengua! oh vilipendio! los que osaran
 Señores proclamarse de la tierra,
 Las célebres legiones,^t
 Que desde el Nilo al Báltico llevaran
 La asolacion y espanto de la guerra;
 Los ínclitos caudillos cuya fama
 Temblar hiciera tronos y naciones,^u
 No asaltar osan las augustas ruinas
 De la triste Ciudad, que á un tiempo mismo,
 Contrasta invicta quantas crudas plagas
 Lanzó en mal hora el tenebroso abismo.
 ¡ Eterna maldicion al primer hombre
 Que al arte diera y la cobarde astucia,
 Lo que al valor y esfuerzo fué negado!
 Nunca, nunca naciera; y victoriosa
 Aun nos mostrara su divina frente
 La noble Zaragoza.
 ¡ Ay mísera! qual arde! qual incendian
 Mil y mil bombas los dorados techos!^x
 Arcos, columnas, cúpulas, gimnasios,
 Y alcázares, y templos, y edificios
 Desplómanse deshechos.

Sopla sañudo el Abrego, y derrama
 El fuego asolador; entre humo y polvo
 Sube ondeando la sonante llama;
 Las nubes rompe con radiantes sulcos,
 Y el negro cielo con su lumbré inflama.

Crece el voraz incendio; resplandece
 La abrasada Ciudad, qual una hoguera;
 Y el horror aumentando el sacro rio,
 En su móbil espalda reverbera
 El trémulo fulgor, y arder parece.

¿Porqué le fuera dado al hombre insano,
 Con ánimo perverso,
 Trocar en destruccion quanto fecundo
 Para su bien le ofrece el universo?
 ¿Porqué, buen Dios, baxo su torpe mano
 Natura esclavizada,
 Servirá á su furor? ¡Ay! sorprendida
 La madre tierra en sus profundos senos,
 La asolacion abruga y el estrago
 De los héroes del Ebro; conmovida
 Por el profundo incendio, se estremece
 Con súbito fragor; ardientes minas
 Horrisonas rebientan; piedras, arcos,
 Al cielo arroja la esplosion tremenda;

Todo es incendio y ruinas;
 Arde la tierra, y ábrese, y sepulta
 Cien pórticos, y junto
 Derrúmbanse cien torres en un punto.

Víctimas inocentes

Baxo rotos escombros oprimidas
 La muerte invocan; sus agudos ecos
 Retumban en los huecos
 De las confusas ruinas, y se hiela
 La sangre al escucharlos; busca el hijo
 Baxo los propios techos arruinados,
 Baxo los techos que nacer le vieran,
 El paterno cadáver insepulto;
 Y ante sus mismos ojos tierna madre
 Vé hundirse para siempre
 Las prendas de su amor en el profundo.

¿La constancia, el furor, el heroísmo
 Serán de algun valer? Otra vez y otra
 El horroroso abismo
 Brama, y retiembla, y ábrese, y devora.
 ¿Adonde, adonde huir? Baxo la planta,
 Resuenan roncós truenos;
 Y al estampar la huella, entre humo y polvo,
 Por medio de la tierra dividida,

Muestra la eternidad sus hondos senos.
¡Piedad, cielos, piedad! ¡Ay! arrancada
Del profundo cimiento, se estremece
De polo á polo la Ciudad divina;
Y vacila, y desplómase, y su ruina
De espanto cubre á las legiones fieras. y

Asi en tremendo dia,
Bramó el hórrido viento furibundo;
El eterno equilibrio
Perdió la tierra en la region vacía;
La mar inundó el mundo;
La Atlántida se hundió; y al sumergirse,
Pavorosos los vientos se aplacaron;
Y las mares sus aguas enfrenaron.

Fué Zaragoza, fueron sus valientes,
Su esplendor fué; su célebre renombre
Resta tan solo.... ¡oh Dios! Si allá hasta el cielo
Sube la humilde voz del débil hombre,
Acoge mi plegaria bondadoso.
Nunca el arado tan sagradas ruinas
Llegue á romper, ni el venerando suelo,
Con tantos hechos ínclitos famoso.
Goze antes de morir, en negra noche,
Solo de algun relámpago alumbrada,

Visitar sus escombros respetoso ;
 Allí posará el alma; dulce llanto
 Descargará mi pecho comprimido ;
 Y en las opacas ruinas escondido
 El pavoroso buho
 Me adulará con su agorero canto.
 Allí sumido, entre el horror y espanto,
 En meditar profundo,
 Recorreré los siglos, la caída
 De quanto ufano presentara el mundo.
 ¿Qué es ya de la Ciudad, que al suelo Ibero
 Dió dulce libertad en santas leyes?
 ¿La que ostentaba en su palacio augusto
 Tantos despojos de vencidos reyes?
 ¿Cómo en sus anchas plazas no resuena
 El hervir de la gente, el ronco estruendo
 Del parche temblador? ¿Cómo no truena
 El horrísono bronce sobre el muro?
 Largas calles por tierra derribadas,
 Lúgubre soledad, mustio desierto,
 Ruinas ensangrentadas
 La vista anublan, y el cabello erizan.
 ¿Quien ya el ciego furor del Galo fiero
 Quebrantará en la lid? ¿Quien pondrá linde

Al ímpetu feroz de su venganza?
 ¿ Quien?...Torna, Palafox, torna á la vida,
 Caudillo triunfador, vibra el acero;
 Blande la dura lanza;
 Acomete, destruye
 Cien legiones y ciento;
 Acorre al patrio suelo, que oprimido
 En bárbaro tormento,
 Contra el yugo inhumano
 Implora tu favor, y clama en vano.

En vano, triste patria; que luchando
 Entre los yertos brazos de la muerte,
 Ya, ya en la linde del sepulcro umbrío,
 Respira apénas tu adalid valiente.^z
 En su lívida frente
 Impreso está el furor; hierve su pecho;
 Y con mortales ansias apoyado
 En la débil siniestra,
 Asir intenta la invencible espada,
 Que al lado pende del aciago lecho.

¿ A qué aguardais, o Vándalos? Heridos,
 Moribundos, cadáveres, escombros,
 Os podrán resistir? Entrad, crueles....
 Entraron..... ¡ ay!.....entraron los verdugos....^a

No mas: perdona, o Musa; no me es dado
El canto proseguir de horror y muerte;
Triste el laud resuena destemplado,
Al pulsarlo mi mano estremecida;
Y los hondos sollozos y gemidos
Que unidos a mi voz hieren el viento,
El canto truecan en discorde acento.
La cítara de Young, de ébano triste,
Cabe el opaco Támesis sonando,
Baxo el oscuro, encapuzado cielo,
Bastara solo á pregonar al mundo
Tan grave ruina, tan amargo duelo.^b

N O T A S.

^a EL primer sitio de Zaragoza duró desde el 15 del mes de junio del año 1808, hasta el 14 de agosto.

^b Las primeras acciones en Aragon fueron las de Mallen y Gallur, á principios de junio del mismo año.

^c La célebre batalla de las Eras de Zaragoza, dada á la vista de la Ciudad, el dia 15 de junio. Tropas sin vestir ni disciplinar, pelearon gloriosamente, y cogieron á los enemigos varios prisioneros y pertrechos.

^d En el mes de julio dieron los franceses siete ataques infructuosos contra la Ciudad.

^e El dia 4 de agosto lograron penetrar en Zaragoza las divisiones de los Generales Verdier y Lefèvre.

^f Distinguíéronse mucho en estos ataques las tropas catalanas, que cogieron al enemigo dos cañones.

^g Los enemigos levantaron el sitio al acercarse la division valenciana, mandada por el general Saint-Marc.

^h Los franceses huyeron en la noche del 14 al 15 de agosto, abandonando fusiles y otros pertrechos.

ⁱ El Rey Dⁿ. Alonso 1^o de Aragon conquistó á Zaragoza de los Moros, despues de un obstinado sitio, y una gloriosa batalla, no lejos de Daroca.

^k La accion del 21 de diciembre, (dia en que empezó el segundo sitio de Zaragoza) fué de las mas gloriosas de ambos sitios: el autor ha seguido exactamente, al describirla, el parte oficial, contenido en las gazetas de Zaragoza; sujetándose en lo posible á la descripcion topográfica del terreno.

^l Dⁿ. Rodrigo de Rebolledo, tronco de la familia de los Palafoxes, adquirió por sus muchas victorias el sobrenombre de Grande. Hacen mencion de él Lanuza y Zurita.

^m El dia 22 de diciembre de 1808, intimó el Mariscal Moncey la rendicion á Zaragoza.

ⁿ El mismo dia contestó Palafox, en una carta, llena de valor y patriotismo.

^o Hubo varias acciones, entre las quales se debe distinguir, la del 25 de diciembre, mandada por el General Oneil; y la de caballeria, de 31 del mismo, mandada por el Brigadier Butron, contra la brigada mandada por el General Girard.

^p El fuerte de Sⁿ. José, que hizo una defensa heroica, y fué evacuado por nuestras tropas, quando ya estaba demolido.

^q Manuela Sancho, natural de Plenas, en la Serrania, de edad de 24 años, concurrió á la defensa de dicho fuerte, dando fuego á los cañones, y haciéndolo de fusil en la trinchera.

^r Son increíbles los horrores del contagio que afligió a Zaragoza: los franceses confiesan en sus boletines, que

hallaron trece mil enfermos en los hospitales; y que morian quinientas personas diarias.

^s Propiedades de los fuegos fátuos, que suelen encenderse en los cementerios.

^t Comparando todos los documentos, se puede calcular, que el ejército enemigo ascendia á treinta mil hombres.

^u Mandaron en el segundo sitio de Zaragoza Moncey, Mortier, Junnot, Lannes, el célebre General de ingenieros Lacoste, (que murió de un balazo el 1º. de febrero) Suchet, Laval, Girard, Gazan, Dédon-ainé, &c.

^x Dédon-ainé, general de artilleria, publicó una relacion oficial del servicio de esta arma, en el sitio de Zaragoza; en ella descubre mil veces, á su pesar, el heroismo incomparable de los Zaragozanos.

^y Viendo los franceses, que no podian de otro modo apoderarse de la Ciudad, empezaron bien pronto á usar de las minas; aun atacados de esta manera irresistible, manifestaron los Zaragozanos un heroismo sin igual, como se puede inferir de los partes de nuestros enemigos, publicados en las gazetas de Madrid, de aquella época.

^z Quando se firmó la capitulacion de Zaragoza, se hablaba Palafox moribundo del contagio, como lo confiesan hasta los mismos enemigos.

^a El dia 19 de febrero de 1809, capituló Zaragoza; y el 21 entraron los franceses en la Ciudad arruinada.

^b El autor ha consultado, para informarse de los sucesos acaecidos en Zaragoza, las gazetas publicadas en esta

Ciudad, las de nuestro gobierno y los mejores periódicos de la península, las relaciones dadas por los enemigos en las gazetas de Madrid y en los papeles franceses, especialmente, el boletín 33 del ejército grande de España, el journal du soir de 9 y 10 de febrero y 10 de marzo, &c.